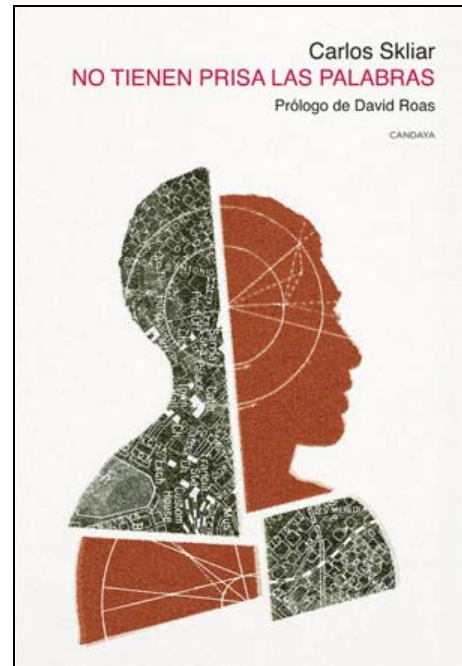


Carlos Skliar
No tienen prisa las palabras

Candaya Abierta 5
ISBN: 978-84-938903-4-6
160 págs.; 21x14 cm
PVP 15 €



LA OBRA: *No tienen prisa las palabras*

Prólogo de David Roas

EL POETA ES UN VIAJERO

Decía Pessoa que el poeta es un fingidor. Para Carlos Skliar es, sin duda, un viajero: un ser en movimiento constante, un extranjero perpetuo que, como tal, contempla la realidad con ojos nuevos, que mira (verbo esencial en la poética del autor) y nos revela lo que ve y siente.

El viajero nos entrega aquí un libro múltiple. En *No tienen prisa las palabras* el lector encontrará lúcidos aforismos, pensamientos despeinados, greguerías (“Limpiaba la vereda como si intentara reanimar un animal herido”), apuntes de un diario, epifanías, estampas líricas, mínimos poemas en prosa, microrrelatos... En la mayoría de ellos, el autor parte de lo contemplado (lo vivido) en sus movimientos por la calle (aquí el viajero es también flâneur... ¿acaso no lo son todos?) o al instalarse en su nuevo hogar, un doble espacio que se presenta siempre como transitorio, pasajero, fugaz. Instantes reveladores que espolean las reflexiones del escritor: la mujer loca que pasa por la plaza, los niños que juegan libres y felices, la anciana agradecida a la que ayuda a cargar las bolsas de la compra, los turistas que fotografían a un pobre que pide limosna en la Sagrada Familia (un puñetazo contra la indiferencia), la mujer que lee *Escribir* de Duras...

Textos en los que subyace la necesidad del otro, la complicidad y la empatía. Pero que también apuntan, afilados, contra la indiferencia, el egocentrismo y la estupidez humana. “Dolor de cabeza porque el mundo es como es. Y duele”, nos

dice el viajero. Por eso también su voz reclama la rebelión, salirse de la fila, como en su día hizo ese Bartleby al que tanto admira.

El viajero contempla el mundo, y con su mirar también lo sostiene: "Una nube sola en medio de un cielo demasiado nítido. No apartar la mirada. No contribuir a su desvanecimiento".

Pero su mirar no es simple mirar: es pensar(se), descubrir(se), comprender(se), revelar(se)... De ese modo, viajar (sinónimo de vivir, de escribir) no es sólo moverse, sino, sobre todo, explorar, "mirar por detrás de cada estatua". Porque la realidad se sabe múltiple e inabarcable. "El mundo es casi todo lo que no ves y donde no estás". Y eso obliga a seguir mirando, a seguir buscando. A que el viaje nunca termine. Como esa niña que lo observa todo con ojos muy abiertos: "Sabe que el mundo no le cabe en la mirada, pero lo intenta una y otra vez".

Y con el viaje aparece la experiencia del extranjero, la conciencia de estar siempre de paso (estupenda metáfora de la vida) y, con ello, el peligro de fijarse definitivamente en un lugar o en una idea. No hay nada fijo. Y de ahí, el imposible arraigo, la inalcanzable satisfacción completa: "Doce mil kilómetros para darse cuenta de que uno quisiera estar así. Allí".

El viajero no sólo mira de forma diferente la nueva realidad, sino que también la escucha: "El extranjero. Aquel a quien los sonidos de la calle le alcanzan un poco más tarde".

En estos textos, la reflexión sobre el lenguaje y la escritura es constante. El viajero sabe que el lenguaje es artificio, banal intento de poner orden donde no lo hay. Pero es nuestra única arma para pensar y expresar esa realidad que nos sobrepasa. Por eso el lenguaje no obedece: la palabra se escapa porque la realidad siempre se escapa. Lo que también es una suerte: "La escritura tiene miedo de cerrar sus manos. De acomodarse. De darse por terminada". Pues eso significaría comprenderlo todo (ordenarlo todo) y entonces ya no quedaría nada por decir. Nada por pensar. La totalidad es una amenaza (como dice en uno de los poemas recogidos en su libro *Voz apenas*). Por eso el viajero, contradiciendo a su amado Bartleby, por suerte para nosotros, continúa escribiendo: "Escribir. Para que la lengua no muera".

¿Cómo hacerlo? Como ese niño que habla por primera vez: "su monosílabo suele ser todo el universo balbuceante". Con un lenguaje libre y sin orden, como un juego infantil. Un lenguaje libre es un pensamiento libre. Ello explica la constante evocación de la infancia que hace el viajero, de esa visión fascinada del mundo que se pierde en la edad adulta. La emoción por encima de la razón. La lúcida renuncia a comprender la totalidad del mundo. La reivindicación de la escritura, que es lo mismo que decir la vida. Sin rumbo, sin mapa, a la deriva.

A lo largo del libro, son convocadas –conjuradas– otras voces, también múltiples y diversas, de poetas, narradores y filósofos: Szyborska, Tavares, De Luca, Yourcenar, Claudel, Pessoa, Magris, Handke, Walser, Tsvietáieva, Nooteboom, Herzog, Nietzsche, Ajmátova, Brodsky, Bachmann, Derrida... pero, sobre todo, las voces y las obras de Chantal Maillard e Ingeborg Bachmann. El viajero invoca a todos estos autores no sólo desde la admiración (incluso les agradece en nota el haberle proporcionado alguna idea que cita o usa en sus propias reflexiones), sino como compañeros de viaje. Voces que conforman una vasta algarabía de líneas que –como diría el maestro Borges– acaba por dibujar sobre el texto la imagen de su cara.



EL AUTOR: CARLOS SKLIAR

Carlos Skliar (Buenos Aires, 1960) es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Argentina, y del Área de Educación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Desde 2005, junto a Diego Skliar, conduce en Buenos Aires el programa de radio *Preferiría no hacerlo*.

Es autor de los libros de poemas *Primera Conjunción* (1981), *Hilos después* (2009) y *Voz apenas* (2011) y del libro de aforismos y ensayos *La intimidad y la alteridad* (2006).

Ha escrito diferentes ensayos educativos y filosóficos, entre los que destacan: *¿Y si el otro no estuviera ahí?* (2001); *Derrida & Educación* (2005); *Entre pedagogía y literatura* (2007, con Jorge Larrosa); *Experiencia y alteridad en educación* (2009, con Jorge Larrosa); *Conmover la educación* (2009, con Magaldy Téllez); *Lo dicho, lo escrito, lo ignorado* (2011); *Experiencias con la palabra* (2012) y *La escritura: de la pronunciación a la travesía* (2012).

ALGUNOS FRAGMENTOS DE *NO TIENEN PRISA LAS PALABRAS*

Escribo porque no comprendo. Para repetir una y otra vez esa encrucijada de palabras con la que no logro descifrar el tiempo. Escribo para recordar sonidos que de otro modo se perderían en el lodo vertical de la memoria. Para invocar y provocar gestos de amor de los que no soy capaz si no escribiera. Escribo porque al despertarme quisiera agradecer los ojos abiertos. Para mirar de pie lo que está demasiado lejos. Para escuchar qué es lo que ha quedado en la punta de la lengua. Escribo para renunciar al abandono y para tocar con las manos sigilosas la espalda tibia de alguien que aún no ha muerto. Escribo. Y aún no soy capaz de decir nada. (Página 14).

Erri de Luca no sabe que le leo. Y me da algo de tristeza que no sepa cuánto me ha valido la pena leer estas palabras tuyas "Dejar dicho más que dejar escrito incita la memoria de los demás a custodiar. Lo sabía quien esparció al viento y a los hombres las raras palabras, quien pensó que en eso consistía el fecundar y que los oídos eran flores para las abejas"³. Me digo que no importa que no lo sepa. Me digo que ahora yo sé algo que él no sabrá. Y vuelvo a entristecerme. Leer es una soledad que no se devuelve. (Página 56).

El mezquino orgullo de aquellos que han nacido en un sitio donde uno sólo está de paso. (Página 67).

La casa sola durante horas. La sensación de interrumpir algo importante al abrir la puerta. (Página 81).

El "no humillarás" debería ascender a la categoría de undécimo mandamiento. (Página 88).

De viajes y de lecturas, que es casi lo mismo. Viajar es sentir, sí; sentirlo todo excesivamente (Pessoa); viajar para no llegar posiblemente nunca (Magris); viajar con la amabilidad de quien atraviesa dos o tres veces un territorio que es pisado y también es huella (Handke); viajar como pasear: la caminata distraídamente atenta de poeta (Walsler); viajar como una ruta trágica y obligada que no nos hemos trazado (Tsvietáieva); viajar sin atrapar al mundo en la telaraña de grados de longitud y latitud (Nootboom); viajar en línea recta y tener al sol y a la luna de uno y otro lado (Herzog); viajar y no saber donde dejar exactamente las garras (Szyborska); viajar sin otra compañía que las propias sombras (Nietzsche); viajar para abandonar la ciudad y precipitarse hacia el puerto deseado (Ajmátova). En fin: viajar como mirar al cielo donde un sueño espera ser soñado (Maillard). (Página 119).

No tienen prisa las palabras en decir. La urgencia tiene voz atragantada. La prisa alborota los sonidos y se acaba por decir todo lo contrario. La rapidez siempre es extranjera. El barullo es un jeroglífico que no descifraremos nunca. Escribir, entonces, mirándote a los ojos. Deseando tu dictado. (Página 157).